

En medio de extrañas víctimas

En medio de extrañas víctimas
DANIEL SALDAÑA PARÍS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Daniel Saldaña París, 2013

Primera edición: 2013

Imagen de portada: Julien Pacaud, *Together*, 2011

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París #35-A
Colonia Del Carmen,
Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN México: 978-607-7781-52-3
ISBN España: 978-84-15601-57-9
Depósito legal: M-26127-2013

Impreso en España

ÍNDICE

I.		
La tercera persona		13
II.		
Consideraciones fundamentales en torno a algo		91
III.		
Los arbustos del orbe		171
IV.		
El futuro del arte		239

A Valentina

*Sobre los bancos de los parques
En medio de extrañas víctimas
El poeta viene a sentarse igual que los amputados.*

ARTHUR CRAVAN

I.
LA TERCERA PERSONA

1.

No hace falta comenzar describiendo las acciones que configuran mi rutina. Esa tediosa enumeración vendrá luego. Primero quiero asentar que mi cabeza flota unos cinco centímetros por arriba de donde termina mi cuello, desprendida de mí. Desde ahí puedo observar con más facilidad la irritante textura de los días.

Cuando llueve no me pongo melancólico, ni mucho menos. Simplemente tengo la impresión de que el clima le hace justicia, al fin, a la grisura general de la existencia. Adiós, hipocresía del trópico; que el sol regrese a su rincón de la galaxia y nos deje contemplar por una vez la oscuridad sin huecos que se cierne sobre nosotros, tristes mortales ataviados con falsos tenis Nike llenos de lodo.

A veces pienso que sería maravilloso dibujar gráficas que den cuenta no de una estadística descabellada y ultra específica, como suelen hacer, sino de un estado de cosas insulso y cotidiano. Gráficas que domestiquen el aparente desorden de las cosas y me ayuden a situarme en medio de ellas. Por ejemplo, una gráfica con las velocidades, las aceleraciones e incluso las manías y las pequeñas taras de los peatones que desfilan alrededor de esta fuente. Mientras los miro desde la banca medio rota, en un extremo de la glorieta oval, trato de imaginar esas variantes, las columnas y los colores de esa gráfica. La estadística, que todo lo puede, resumirá en cifras redondísimas el ajetreo de las palomas. No sé muy bien cómo, pero estará representado el hombre gordo que ahora mismo desplaza su peso de una pierna a otra y que tiene en las manos un celular diminuto. Figurarán, como datos relevantes, los niños que corren alrededor de sus padres como pequeños satélites enfebrecidos,

y también los novios que oscilan junto a los arbustos buscando una sombra para prodigarse indecentes arrumacos. Estará en la gráfica el rengueo sin meta de ese jubilado que hace unos minutos me miró con una mezcla de encono y resignación, como envidiando una juventud que, según el viejo, no aprovecho como debería; y también estará el paso seguro del heladero que sabe exactamente lo que le deparará la tarde. La gráfica registrará además, mediante alguna nota al pie, los casos excepcionales: la quietud repentina de los paseantes cuando un derrapón de llantas, después de un silencio apenas perceptible, se resuelve en choque; la prisa compartida de las madres cuando caen del cielo las primeras gotas.

Y por supuesto la gráfica tendrá una columna entera o una porción enorme de su pastel redondo para desmenuzar mis rumbos: si le doy tres vueltas a la fuente, lo sabrá la gráfica y lo representará con un color especial, fosforescente; si me dejo guiar por el perfume de una mujer que lleva un vestido entallado, lo mismo; si decido dejar de perder el tiempo en esta glorieta y camino con pereza hasta mi casa, arrastrando los pies por la banqueta mientras el sol de las cuatro de la tarde comienza a perder su fuerza, como ahora estoy haciendo, lo sabrá también la gráfica.

Pero no hay un dios fanático de la estadística que se entretenga diseñando tablas de Excel en su laptop celestial, poniendo una atención desmesurada a esta región del mundo, zona semicéntrica de la Ciudad de México, así que tengo que seguir caminando y resignarme a que soy el único consciente del ritmo de mis pasos, el único que sabe que tuerzo un poco el pie izquierdo hacia adentro y que juego a cruzar los dedos del derecho, poniendo el pulgar sobre el de al lado, costumbre gracias a la cual me duele el pie después de caminar un par de cuerdas y mis zapatos terminan rotos siempre en el mismo punto, sobre el empeine —los objetos traicionan—. Soy el único que me conoce con tanto detalle, y por lo mismo soy el único que puede registrarlo, aunque sea en la pizarra fugaz de la memoria, para que luego, sin más, desaparezca el dato entre miles

de otros datos sobre el ritmo y la cadencia de mis pasos, datos que nunca nadie consultará con una curiosidad irreprimible en los anales vastísimos de una biblioteca virtual de insensateces. «No le importo a la estadística como merezco», resumo para mis adentros.

Por suerte, en cuanto entro a mi casa esas reflexiones un tanto opresivas desaparecen, justo en el momento en que le pongo stop a mi iPod, me quito los audífonos y prendo la luz de la sala. La sala, a diferencia de mi cuarto, es siempre oscura, de forma que tengo que alumbrarla incluso a estas 4:17 de la tarde.

El panorama que se me revela no es especialmente bello, o quizás debería decir que no es canónicamente bello: mis muebles son viejos y cada uno está un poco roto a su manera, con excepción de una mesita de centro, roja, que compré hace dos meses; la lámpara de tela, pendiente de un cable remendado con cinta de aislar que brota de un hoyo en el techo, acumula manchas que me resultan imposibles de explicar y que se proyectan por los muros como pinturas rupestres. Algunas partes de la pared, castigadas por el salitre, tienen una especie de pústulas de pintura que con el tiempo acaban reventándose y llenan de cal la vestidura azul marino de mi sillón.

Pero a pesar de estos signos de deterioro no me parece del todo sórdida, mi casa. Tengo un rincón con algunas plantas, tengo un librero negro, pequeño, con una enciclopedia de biología —una página doblada en el tomo cinco señala el capítulo más emocionante: los rotíferos—, y tengo mis dos ventanas: la de la sala, con vistas al patio interior del edificio, y la de mi cuarto, al terreno baldío. Es una disposición extraña. Un arquitecto sensato habría invertido el orden, dejando la sala con una ventana exterior y el cuarto con la vista al patio interno; pero quizás al arquitecto le dio miedo que alguien construyera, sobre el terreno baldío, un edificio enorme y espantoso, lleno de alambres de púas, y por eso dejó la ventana del cuarto, que siempre es menos importante que la de la sala —ágora doméstica—, con esa amenaza incumplida. Por suerte, el terreno baldío sigue en su sitio, sin edificios encima.

Los sábados son todos, o casi todos, como éste: me despierto alrededor de las nueve, pierdo las primeras horas mirando el terreno o fingiendo —para nadie— leer en la cama, me cocino cualquier cosa sencilla para desayunar y salgo a caminar por la colonia; al mediodía como algo en la calle y, después, me siento en la banca rota de la glorieta a observar los andares de la gente. A eso de las cuatro regreso a mi casa a intentar hacer todas esas cosas que durante la semana no tengo tiempo de hacer y que durante cinco días juro y perjuro que haré el sábado. Lo intento, en efecto, pero rara vez lo consigo. Hoy, por ejemplo, a duras penas logré ordenar los papeles de las deudas, para el lunes temprano, antes del trabajo, pagar la luz, el teléfono y el agua. El próximo sábado, quizás, lograré traer a alguien que me dé un diagnóstico seguro de lo que le pasa a las paredes de mi sala, aunque ya digo que el salitre no me molesta especialmente. No lo haría por mí, sino por las visitas potenciales, por las mujeres que esperan allá afuera a que les hable y las invite a tomar un café —«disculpa, no tengo azúcar»— en la sala de mi casa —ágora doméstica, decía—. Aunque a decir verdad no invito a mucha gente a mi departamento. De hecho, nunca he invitado una mujer a mi departamento, excepto una vez, cuando una vecina que ahora ya no vive aquí me pidió permiso para usar el teléfono, y ni siquiera entonces fue realmente una invitación, sino a lo mucho una pasiva concesión.

(Siguiendo el curso tímidamente sugerido por estas últimas reflexiones: nunca dejará de sorprenderme que a los hombres, en general, o eso dicen, les funcionen ciertas técnicas de aproximación a las mujeres que a mí me resultan de una agresividad inaudita, o al menos de un arrojito imposible. No me imagino, bajo ninguna circunstancia, invitando a una desconocida, o a una recién conocida, a pasar a mi casa; no me imagino explicándole, mientras imposto distracción y destapo una cerveza, los entresijos de mi aburrido trabajo, ni mucho menos preguntándole a ella por cosas que no me importan —ella sabe que no me importan— para cumplir cuanto antes con el apurado ritual de «conocernos un poco» y luego saltar al

catre como en una persecución de Discovery Channel. Pensándolo bien, la única manera de que resulte natural el hecho de que alguien vaya a tu casa es que ya haya estado ahí antes... oh, paradoja).

El salitre es, desde el punto de vista de la memoria y sus simbólicos laberintos, importante para mí, aunque rara vez lo reconozca en voz alta y tiendo más bien a quejarme de sus nocivos efectos sobre la tela de mi sillón. En una de las casas de mi mamá, cuando vivía con ella, había también salitre, y no hubo forma alguna, por más que se buscó, de expulsar para siempre aquella peste arquitectónica. En toda la colonia era igual: desde la manzana uno a la veintisiete. Incluso se contaba una historia, probablemente apócrifa, sobre una vecina de la manzana ocho que, tras haber pintado toda su fachada de un color rosa orgullosamente mexicano, y después de que el salitre, en menos de una semana, hubiese deshecho aquel empeño, se colgó con una soga de una viga de la cocina. Lo más probable es que ambos eventos, el embate del salitre y el suicidio de la señora, coincidieran en el tiempo, pero sin ninguna relación de causa-efecto. En cualquier caso, es una más de las historias que marcaron mi relación con el salitre, y ahora prefiero llevarme bien con las pústulas de humedad en vez de pelear inútilmente con fenómenos que están más allá de la humana comprensión.

Mi vida es una recurrencia de un sábado tras otro. Lo que hay entre cada uno merece otro nombre. Los domingos no cuentan: consisten —estoy exagerando— en veinticuatro horas perdidas de las cuales no recordaré nada al día siguiente, y ese día siguiente, el lunes, marca el principio del reino de la inercia, cuya única función es llevarme suavemente, como flotando en una nube de certezas, hasta el siguiente sábado. Los sábados, además, me masturbo dos veces. Esto último no es una norma, pero en general sucede así, aunque no me lo proponga: es una de esas frecuencias inobjetables de los fenómenos naturales,

supongo, como cuando las luciérnagas de un paraje extenso se encienden y se apagan a intervalos regulares, todas sincronizadas por el dictado de un ser invisible. Me masturbo una vez en la mañana, al despertarme, y otra en la tarde, cuando regreso de mi paseo por la colonia. Generalmente lo hago viendo pornografía en internet, aunque a veces recurro a medios tradicionales, como la imaginación.

El terreno baldío que se ve desde mi cuarto es la razón por la que me mudé a este departamento. Hastiado del paisaje homogéneo de edificios que rodeaba mi antigua casa, decidí que necesitaba un poco de aire puro, un descanso para la vista que solamente la vegetación y un cierto ámbito rural podrían proveerme. Como nada de eso pude hallar a una distancia razonable del museo, busqué departamentos que dieran a algún terreno baldío. Sólo encontré éste.

Mi trabajo no es particularmente difícil, ni particularmente tedioso. De hecho, podría decir que me gusta, y cuando hace tres años estuve desempleado durante casi cuatro meses, haciendo trabajos esporádicos para distintas instituciones gubernamentales, creí que nunca encontraría un lugar donde pasar ocho horas al día me resultara tan ameno como ver la tele u hojear uno de los tomos de mi enciclopedia de biología. Luego llegó la oferta del museo y decidí aceptarla, así que ahora me encierro en una oficina de techos altísimos, en un edificio antiguo del centro histórico de la Ciudad de México, y redacto durante horas los textos relacionados con el recinto: boletines de prensa, hojas de sala, cartas y discursos de la directora, etcétera. También tengo otras funciones, que sólo requieren de mi pericia de vez en cuando, como recibir y rechazar a los espontáneos que llegan hasta allí a proponer exposiciones ridículas o lidiar con la gente de la imprenta cuando algo sale mal en un catálogo.

Como no existía un nombre para el puesto que ocupo, o al menos nadie me lo dijo, decidí inventármelo, y ahora firmo

los mails oficiales como «administrador del conocimiento» del museo. Saqué la idea de un anuncio espectacular que se levanta sobre el Periférico promocionando las nuevas licenciaturas de una universidad privada. Una de ellas se llama así, precisamente: Administración del conocimiento. Me encantó: sentí que expresaba mis convicciones más íntimas: ya con lo que se sabe sobre el mundo es más que suficiente, creo. Ahora lo que procede es administrar ese saber de forma tal que la gente sea feliz, o al menos de forma que no se sienta constante e irremediamente desgraciada.

Yo no soy especialmente feliz. Y además creo que nunca estudiaría esa carrera. De hecho nunca estudiaría ninguna carrera. De hecho, nunca estudié ninguna carrera. Al menos no de cabo a rabo. Pasé casi cuatro semestres, es verdad, inscrito en Letras Inglesas, pero un profundo rechazo hacia el entusiasmo universitario me hizo desistir a tiempo, justo antes de que, abducido por uno de esos diligentes alumnos que opinan sobre cualquier tema, me convenciese de las ventajas de afiliarme a un grupo específico de estudios, dispuesto a destazar, durante años, el mismo, idéntico fragmento de una novela del siglo XIX.

2.

Debe medir unos veinte por quince metros, más o menos, pero en las noches el terreno se ve más grande de lo que en verdad es, y entonces me asomo y pienso que se trata de un bosque. Cuando era chico vivía también junto a un terreno baldío, en Cuernavaca, al que todos los niños de la cuadra llamábamos El Bosque. (No era en la casa del salitre de la que hablé antes sino en otra, de mi papá). A diferencia del terreno de mi infancia, éste tiene un muro que lo separa de la calle, por lo que es muy difícil darse cuenta de que el baldío existe si uno es un paseante distraído. Yo, por eso, me fui fijando en cada uno de los lotes que podían estar llenos de abrojos, hasta que al final encontré un departamento en renta junto a uno de ellos. Me tardé meses en encontrarlo, pero no tenía prisa.

Como no tengo muchas cosas, ni muchas visitas, me dio lo mismo que el lugar fuera más bien un pequeño estudio y que estuviese en no muy buenas condiciones. Si tuviese más tiempo libre, fuera del trabajo, pensaría en mudarme a un lugar más grande y en mejor estado, para no pasar las horas escuchando las peleas intempestivas de los vecinos de abajo. Pero no tengo mucho tiempo libre, así que no me importa demasiado, e incluso he llegado a encontrar cierto deleite en escuchar las disputas de los vecinos que, ya en la noche, me hacen sentir acompañado.

3.

Hoy, saliendo del museo, decidí caminar de regreso hasta mi casa, en vez de recorrer en metro las cuatro estaciones que separan el centro de la estación más cercana a mi colonia. Nunca lo había hecho. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de caminar hasta aquí. Las distintas zonas en que se divide la ciudad, o la parte de la ciudad que yo conozco, las imagino siempre desconectadas entre sí al nivel de la superficie, como islas a las que sólo se accede a través del subsuelo, en metro. Caminar, descubrir que también al nivel de los peatones la ciudad es un *continuum*, fue una experiencia extraña.

Es curioso cómo una minucia, un detalle aparentemente inocuo, como caminar desde el trabajo a la casa en vez de tomar el metro —una buena hora y media andando, a paso alegre— puede precipitar los acontecimientos o marcar el rumbo de las cosas de una forma quizás irreversible. Me sorprende, auténticamente, que los más grandes conceptos, y acaso también algunos de los espíritus más intensos de la historia estén, en el fondo, determinados por una tarde precisa en la que un hombre decidió hacer algo ligeramente distinto. Así, aunque a menor escala, me parece ahora la decisión de venir hasta mi casa caminando. No digo que con ello habré de convertirme en un Napoleón del siglo XXI, pero presiento que algo en el fondo de mi pecho subvirtió su orden para siempre.

Evité las grandes avenidas y avancé por las calles paralelas, donde el ruido era más tolerable y podía curiosear las vitrinas de los comercios. Uno de esos locales me llamó la atención poderosamente, aunque reconozco que fue la arbitrariedad, o tal vez una fuerza paranormal, inherente al urbanismo, la que me hizo detenerme precisamente allí. Era una cafetería

que anunciaba sus platillos con fotografías plastificadas de por lo menos treinta años atrás. Tortas jurásicas con aguacate, hamburguesas degustadas por mis antepasados. Las fotos de comida me hicieron pensar, disparatadamente, en las estrellas, que son también, según dice el vulgo y los expertos, el testimonio de una realidad que ya no existe.

Entré al local. Me senté en la barra, junto a un cliente que tenía cara ya de mobiliario. Pedí un café. Un hombre enjuto y de camisa roja, al otro lado de la barra, respondió con una brusquedad inesperada explicándome que no tenían.

—Pero le puedo ofrecer un agua para Nescafé, eso sí hay.

—¿No tendrá mejor un té de manzanilla o algo así?

Desapareció el de la camisa roja por una cortina grasienta que cubría la mitad superior de una puerta (un agujero, en realidad) recortada en la pared detrás de la barra; pude ver, del otro lado de esa cortina, algunas fotos familiares y en el techo una lámpara de araña con la mitad de los focos fundidos; bajo la lámpara, una mesita verde y en ella un niño haciendo su tarea. Probablemente ésa era la casa del dueño de la ineficaz cafetería, y esa simple cortina dividía su mundo laboral de su mundo privado, si tal distinción tenía algún sentido en su caso particular, lo cual era cuestionable.

El dueño —o a quien yo tomara como tal— volvió al cabo de un rato, trayendo en sus manos una caja de té que parecía tan vieja como las fotografías de los platillos en la entrada.

—Sí hubo, pero es té normal, no encontré el de manzanilla. —Con lo de «té normal» quería decir, evidentemente, negro.

—Bueno, deme uno de esos, a ver qué tal, espero que no me quite mucho el sueño —dije, buscando cierta complicidad en el dueño de la cafetería, aunque sin saber muy bien a razón de qué buscaba esa complicidad o cómo era posible que emergiera de una situación tan trivial como la que nos unía hasta ese momento. El hombre me miró burlón, desairándome.

—El que quita el sueño es el café, joven, no el té, el té se lo dan a los enfermos.

No quise discutir con él los efectos de la teína y le di la razón sin convencerme. Puso delante de mí la taza de agua humeante y dejó sobre la barra, también, la caja entera de té negro. Me serví la bolsita de té y observé alélado cómo se iba humedeciendo, sumiéndose en el agua ferviente como una barcaza que naufraga. Lo azucaré un poco. Bebí el té en silencio, sin prestar atención a las quejas que el cliente-mobiliario repartía entre los tres o cuatro parroquianos. (Su ordinariez era perturbadora y su capacidad para engarzar groserías una tras otra, prodigiosa).

Cuando hube terminado mi bebida miré con asombro la bolsita de té negro en el fondo de la taza vacía, exangüe e inútil como una piel recién abandonada. No puedo explicar exactamente qué fue lo que pensé, pero sí puedo decir que ese objeto insulso me pareció hermoso en su insignificancia, así que lo envolví en una servilleta y lo guardé en mi bolsillo. Me dio pena que el dueño o alguno de los clientes, habiendo notado mi extravagante maniobra, me increpase al respecto, pero al parecer nadie lo había advertido. Pagué y me fui.

Ahora estoy en mi casa y la bolsita de té descansa sobre la mesa, en el centro de la servilleta humedecida. También el bolsillo de mi saco acabó mojado, y de no haber sido un saco oscuro probablemente tendría que llevarlo a alguna tintorería, pues es sabido que el té, como dicen que sucede con el pecado, mancha de un modo definitivo.

La bolsita de té no me parece ya tan sorprendente como cuando estaba al fondo de la taza, pero he decidido conservarla, así que busco en la caja de herramientas mi engrapadora de pared y, después de un sonido sordo, el extremo del hilo que tiene la etiqueta queda engrapado al muro de mi cuarto, justo enfrente de mi cama, de tal manera que ese péndulo inútil y ligeramente obsceno —algún parentesco tiene, estéticamente, con las toallas sanitarias— será lo primero que vea por las mañanas. La bolsita aún gotea un poco, y se va formando un minúsculo charco en el suelo, además de una marca marrón y alargada sobre la pintura de la pared. Pienso que el detalle de

la marca le añadirá un toque interesante a la apariencia del cuarto, y que quizás, acentuando el efecto de corrosión impuesto por el salitre, terminará por convenir al eje decorativo del departamento. Pienso que me gusta la expresión «eje decorativo», aunque no tengo muy claro su significado. (En una pared llena de crucifijos, ¿es Dios el eje decorativo?). Pienso también que será grato despertarme todos los días y contemplar la bolsita colgando de la pared, no sólo por su aspecto, un tanto desagradable ahora, sino porque será un recordatorio de esta tarde, de esa determinación repentina y arbitraria de venir caminando hasta mi casa, desde el museo, y tomar un té por el camino. Es cosa buena sembrar souvenirs de las propias, minúsculas alegrías.

Escucho una pelea de los vecinos de abajo, referente, por lo que logro entender, a un juego de video; tienen cuarenta y tantos años y están discutiendo por un juego de video; un Nintendo, seguro, de hace dos décadas. Está ya todo oscuro y en el terreno baldío no se distingue bien ningún detalle. Las malas yerbas se confunden con los trozos de alambre oxidado que hay por el suelo y con las bolsas de basura que algunas personas lanzan por encima de la barda, desde la calle. Acodado en mi ventana, miro el terreno y trato de imaginar que se trata de un bosque, o que es el terreno de enfrente de la casa de mi papá, en Cuernavaca, al que llamábamos El Bosque, o que no existen las ciudades y no tiene caso distinguir entre el bosque y cualquier otra cosa.

La pelea de los vecinos ha terminado, o al menos ha entrado en receso, a la espera de un nuevo detonante. Cierro los ojos y me llegan desde algún otro departamento las risas grabadas de un programa de tele. Las preguntas del insomnio se abren paso: ¿Cuánto cobran los actores por las risas falsas? ¿En qué piensan —si en algo— cuando quieren emitir las? ¿Hay actores, en cada rincón del mundo, dedicados a doblar a su propia lengua las risas fingidas de los otros? ¿Hay convenciones y congresos de esos actores, en hoteles altísimos, para compartir secretos sobre las risas falsas, para ayudarse mutuamente

a superar una tristeza que les quita el sueño? ¿Hay grupos de apoyo para los actores de las risas falsas? ¿Hay líneas telefónicas de emergencia —01800 RISAS, por ejemplo— a donde puedan llamar a altas horas de la noche para sentirse acompañados, para reír de nuevo falsamente, para narrar su infancia?

Las risas se pierden, interrumpidas por una nueva discusión entre los vecinos cuarentones y su madre, con quien viven. La vieja grita «caramelo, caramelo». Caramelo es la perrita gris de la familia. No se les ocurrió, por lo que parece, ponerle a su perra un nombre concordante con su género.

Pienso que en momentos como éste me gustaría fumar un cigarro, para tener algo que hacer mientras no hago nada, pero nunca fui capaz de adquirir el hábito.